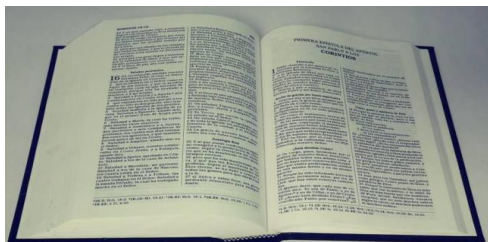




La Sana Doctrina

Noviembre-Diciembre 2020

La Sana Doctrina



*Toda la Palabra de Dios
para
Todo el Pueblo de Dios*

Revista bimestral publicada por asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela

*Año LIX N° 370
Noviembre-Diciembre 2020*

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)

Santiago Saword (1961-76)

Santiago Walmsley (1976-1993)

Andrew Turkington

Tlf. (0416) 4373780

E-mail: andrewturkington@gmail.com

Suscripciones: Joseph Steven Turkington

Teléfono: (0416) 3020889

E-mail: jsturkington@gmail.com

Suscripciones para 2020

Debido a la situación actual, se hace imposible ofrecer la revista impresa. Se puede acceder a la revista en la página web: www.sanadoctrina.net, o bajar gratuitamente el programa Telegram de Play Store, buscar el canal público "RevistaLaSanaDoctrina" y unirse.

Se avisará cuando sea posible imprimir nuevamente la revista, para los que quieren pagar una suscripción impresa.

Contenido

Artículos:

- 3 La Doctrina de Cristo (39)
Samuel Rojas
- 6 Bienaventurado (2)
Gelson Villegas
- 8 El Antídoto contra la Lengua Venenosa
Antídotos Espirituales (6)
Rubén Mendoza
- 11 ¿Que es la diferencia? (6)
La Iglesia Pentecostal
Bernardo Chirinos
- 13 Preciosas y Grandísimas Promesas
Andrew Turkington
- 16 La Raza, el Racismo y la Realidad
La Perspectiva Cristiana de Nuestra Sociedad (XXIII)
A. J. Higgins
- 20 Nuevo Enfoque Yo ví
A. J. Higgins
- 22 **Lo que preguntan**
- 24 **Página Evangelística:**
Pompeya: Festivales y Fuego
Andrew Turkington

Portada: De: Pixabay.com

La Doctrina de Cristo (39)

Samuel Rojas



Esta impresionante y gloriosa Unidad comenzó cuando nació la Iglesia, cuando el Cristo glorificado bautizó en el Espíritu Santo a los como 120 discípulos quienes estaban en el Aposento Alto en Jerusalén. Cristo había dicho: “Sobre esta Roca edificaré Mi Iglesia” y así lo comenzó a hacer. Es UNA Iglesia, es UN Cuerpo, es UN Templo santo, es UNA Ciudad. Entonces, no solo se trata de la Unidad de Ella, sino la Unidad de Ella con Cristo Mismo. Adicionada a esto, la unidad del Hijo con el Padre. Y, completada, con la unidad a Dios. ¡Es la Unidad al cubo!

Algunas Aclaraciones

“La Iglesia(Asamblea) la Cual es Su Cuerpo” no fue revelada por Dios a los profetas del Antiguo Testamento. Esta es la enseñanza de Efesios 3:1-12. Así que, esta es la razón que no aparezca descrita esta Gran Ciudad en el Antiguo Testamento, en las profecías tocantes al Reino Milenario. Nos basamos para dar esta explicación en la Norma de Interpretación Bíblica llamada la Ley del Entorno Dispensacional: discernir las Dispensaciones y las Escrituras armonizan.

Aplicando tanto la Ley de la Mención Total como la Ley de la Comparación (la Escritura se interpreta a sí misma), aunque no se menciona esta Gran Ciudad Santa en las otras porciones Proféticas del Nuevo Testamento, este pasaje del Apocalip-

sis completa la revelación que Dios nos ha dado en Su Palabra sobre la Iglesia, o Asamblea, de esta Dispensación. No podemos dejarlo a un lado, ni debemos ponerlo aparte. Tengo que basar mi interpretación en todas las Escrituras que hablan de un mismo tema, sin excluir a ninguna.

Es cierto que hay una mención en serie del verbo “vi” desde Apoc.19:11 hasta 21:22. ¿Sería arbitrario retroceder al Reino Milenario en Apoc.21:9 si ya se nos ha descrito en el Estado Eterno? Ya, en más de una ocasión, en la narrativa del Libro de Apocalipsis, la ‘historia línea’ es interrumpida, mas no la narrativa, para darnos detalles anteriores a la etapa de lo revelado hasta esos puntos. Entre el Sexto Sello y el Séptimo Sello, está el capítulo 7 el cual describe, en su primera parte, condiciones previas a los primeros Sellos. Y, ¿cuál Conectivo Lógico se usa para interrumpir ‘la historia lineal’? “Después de esto...”, 7:1a. Literariamente, no indica que haya un paréntesis en el desarrollo de la Historia real para informarnos de estos detalles. Reconocemos que a muchos no les parece, pero por las diez razones enumeradas a continuación nos vemos obligados a aceptar que Apoc. 21:9 en adelante nos da detalles que empiezan a manifestarse, a lo menos, 1000 años antes de Apoc. 21:1. Favor tomarlos en cuenta y en conjunto.

(1) El ángel quien da a Juan la visión, uno de los siete con las siete Copas de las plagas postreras, 21:9a.

(2) “La DESPOSADA, la Esposa del Cordero”, 21:9b. Solo se menciona en 21:2 “como una Esposa”, pero en este caso ella está recién casada, recién se han celebrado las Bodas del Cordero en el cielo, y Cristo la muestra por primera vez al mundo.

(3) El Muro, 21:12,14,15,17, etc. En las Escrituras, ¿qué significa el muro de una ciudad? El muro de una ciudad *distinguía* a la ciudad del terreno alrededor. Pero hay un principio moral asociado con un muro. La primera mención (la Ley de la Mención Total / Primera Mención) a un “muro” está en Génesis 49:22, ¡en relación con un ser humano! Significa, pues, *separación y protección*. Separación de lo malo y protección del peligro. En el Estado Eterno no habrá pecado, nunca jamás, ni habrá peligros ni enemigos. En el Reino Milenario, ¡SÍ!

Los Salmos 45 al 48 conforman la respuesta de Dios a los clamores Individuales y Nacionales de los Salmos 42, 43 y 44. La respuesta redentora de Dios es la Persona del Rey (45), el Poder del Rey (46), la Proclamación del Rey (47) y el Palacio del Rey (48). Es una escena Milenaria. Y, ¡aun en el Palacio del Rey en el Milenio hay el muro con sus torres y un antemuro”!

(4) El Número DOCE: este número es *relevante y estelar* en la Urbe-Esposa, ¿ya usted se dio cuenta? Hay 12 puertas, 12 ángeles, 12 nombres, 12 tribus de Israel, 12 cimientos, 12 nombres de los 12 apóstoles del Cordero, 12 mil estadios, las medidas del cubo; 144.000 codos = 12 al cuadrado, una medida del muro; 12 piedras preciosas, una en cada cimiento; 12 perlas; 12 frutos

que produce el árbol de la vida cada uno de los meses del año.

Seguro usted conoce el significado del Número Doce en las Escrituras, ¿verdad? “Es el número de *la administración* o de la soberanía manifiesta” (Fanny M. Goff, *Figuras Simbólicas en la Biblia*, p.34). En esta porción se expone lo que mencionan escuetamente otros versículos del Nuevo Testamento: la Iglesia-Esposa reinará juntamente con Cristo aquí en la Tierra, jugando un papel relevante en la administración de Su Reino.

(5) Las Puertas en el Muro: ¿qué significan en las Escrituras las puertas de una ciudad amurallada? Primero, son las entradas y las salidas de la ciudad. Usando, una vez más, la Ley de la Primera Mención, las puertas de la ciudad eran el sitio donde se ejercía el gobierno y se decidía la administración del gobierno de la ciudad.

¿Qué hacía Lot sentado a la puerta de Sodoma en Génesis 19:1? ¿Tratando de ‘mejorar’ a Sodoma como juez y político? En las puertas se sentaban las autoridades del pueblo, o de la ciudad, para decidir los asuntos de los ciudadanos.

En Jerusalén, en los tiempos de Nehemías, había una puerta llamada “de Efraín”: ¿por qué? Porque por allí salían de la ciudad ¡para tomar el camino para ir a la heredad geográfica de la tribu de Efraín! En el Reino Milenario los decretos divinos y reales saldrán de la Iglesia-Esposa a Israel, y de Israel (Jerusalén la terrenal, capital terrenal de la tierra en el Milenio) se aplicarán a todo el mundo. Por eso en cada puerta está escrito el nombre de una de las tribus de Israel. ¡No es que Israel habitará en la Nueva Jerusalén!

(6) El título “Dios Todopoderoso”: favor de considerar desde la correspondiente palabra Hebrea (“EL-Shaddai = El Todo Suficiente) y la primera mención (Génesis 17) en las Escrituras de este título de la Deidad hasta todas las veces que las usa el Espíritu Santo. De las 10 veces que aparece la palabra en el Nuevo Testamento, 9 veces están allí en Apocalipsis (1:8; 4:8,17; 15:3; 16:7,14; 19:6,15; 21:22). Junto con “El Altísimo”, es una palabra con connotación Milenaria.

(7) “Las Naciones que hubieren sido salvas”: tenemos claro que una buena parte de esta expresión no es incluida en muchas versiones porque no aparecen en las porciones de manuscritos más antiguos que se disponen, aunque sí están en el Texto Completo del Nuevo Testamento más antiguo encontrado. No obstante, sea que tomemos en cuenta toda la expresión, o no, consideramos que hay una fuerza literaria que nos lleva al Milenio.

En 21:3 no se mencionan “naciones” (Gr., *ethnos*) sino “pueblos” (Gr., *laos*; la palabra está en plural en el texto Griego). La palabra ‘*ethnos*’ aparece 164 veces en el Nuevo Testamento. En Apocalipsis, aparece 22 veces. En Apoc.7:9 aparecen ambas palabras: “...de todas las naciones (*ethnos*) y tribus y pueblos (*laos*) y lenguas...” ¿Será porque son diferentes o porque cada una denota un aspecto distinto de todos estos países? Empero, el uso acá mismo en Apocalipsis nos hace pensar en las naciones asociadas con el Reino Milenario. Para los ‘grupos gemelos (los 24 ancianos y los 4 seres vivientes) más íntimos al Trono de Dios y al Cordero, sí se usa ‘*laos*’ (5:9) y nunca ‘*ethnos*’.

Por las mismas razones por las cuales aceptamos, y mantenemos, las demás porciones del Nuevo Testamento que no aparecen en las pequeñas porciones de manuscritos más antiguos, seguimos respetando la expresión completa. “Las naciones *que hubieren sido salvas*”: usando a Zacarías 14:16, estamos creyendo que son las naciones que entrarán al Reino Milenario.

(8) “No entrará en Ella ...”: en el Estado Eterno no habrá “ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”. Pero, en el Reino Milenario, sí. ‘Entrar en, y salir’ de, esta ciudad es tener interrelación con la Iglesia. Recordemos que esta Urbe gloriosa es la Esposa del Cordero, la Asamblea Dispensacional. Creemos que acá hay un diferente contexto al de Apoc.21:1-8. Allí, estas afirmaciones negativas son para afirmar la santidad y la felicidad de los hombres en la tierra nueva; sin duda.

(9) “La sanidad de las Naciones”: la palabra “sanidad” es ‘*therapeía*’ y aparece solo 4 veces en el Texto Griego del Nuevo Testamento: Mat.24:45; Luc.9: 11,16; y, aquí, Apoc.22:2. Es un Sustantivo Femenino que viene del verbo ‘*therapeúo*’ (curar, servir). Significa atención, asistencia, específicamente médica. Es decir, cura. Implica el cuidado de los enfermos para su alivio y sanación.

Note que es a favor de “las naciones (‘*ethnos*’)”. Es decir, por esta ciudad, por las hojas del árbol de vida que es producido en ella, hay cura, alivio, atención y mantenimiento de la salud de las naciones. Preguntamos: ¿y en la ciudad no se necesita mantener la salud? Si esto fuese algo correspondiente exclusivamente a la Eterni-

dad, ¿la Ciudad no disfrutará de esta preservación en su salud?

Esto es similar a la escena Milenaria representada en Ezequiel 47:12, "... y su fruto será para comer, y su hoja para medicina". En la Septuaginta, la palabra "medicina" significa 'sanidad, saludable, sano'. En el Hebreo, la palabra literalmente significa 'remedio'. Acá, tenemos la fuente física de la sanidad o salubridad en el Reino Milenario; y, en Apoc.22:2, la fuente espiritual de salud en ese mismo período.

(10) "Cada mes su fruto": ¡en el Estado Eterno (vv.1-8) no hay referencias de tiempo! En la era del Reino el tiempo aun estará operando en ese período literal de "mil años" (Apoc.20:2-7). Y, cada año de estos, será de doce meses.

Es cierto que, tanto en Apoc.4:8 en un escenario celestial como en Apoc.20:10 en un escenario eterno, se usa la expresión "día y noche". Esto para indicar a nuestras mentes finitas lo incesante y perpetuo de la adoración a Dios como Creador y del tormento en el lago de fuego. Pero, ¿no aparece en la descripción del Estado Eterno!

En el tercer cielo, alrededor y muy íntimos al Trono de Dios y del Cordero, 'los grupos gemelos' ya han entrado en Eternidad, aunque aun el tiempo está operativo en la Tierra. El diablo, y sus ángeles, serán lanzados al lago de fuego, al final de los mil años del Reino del Señor en la Tierra, antes del Juicio Final, y antes de la existencia de los cielos nuevos y de la tierra nueva. (a continuar, D.M)

Bienaventurado (2)

Gelson Villegas



Los Bienaventurados siervos de Salomón

"Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría" (1 Rey. 10:8).

Son palabras dichas al rey Salomón por la reina de Sabá, que podemos aplicar como expresiones que se corresponden con las características de los servidores de un Rey mucho mayor que Salomón. El contexto de estas palabras indica que aquella reina venida de alguna parte de África –según es la creencia casi unánime– pudo ver reflejada en los siervos del rey sabio la grandeza

y la gloria de aquel soberano de Israel. Así, los servidores del Redentor, en apreciable medida, han de manifestar el carácter y la majestad de su Señor, a quien sirven por amor y de quien siguen sus pisadas.

Estos hombres son bienaventurados, primeramente, porque son **siervos** de Salomón. Ciertamente, en aquellos días en la nación, servir en la corte del gran rey de Israel sería el más alto de los honores y la más solemne de las responsabilidades. Hoy, dispensación de gracia, el Señor de la mies tiene sus siervos. Ellos han de saber que han sido llamados sólo por gracia para que no presuman, pues nada meritorio propio

había para que fuesen escogidos, pero, una vez llamados, han de obrar en concordancia a la gravedad de la comisión, a lo elevado de su ministerio. Fue Spurgeon, digno siervo del Señor, quien dijera en alguna ocasión: “Si Dios llama un hombre para ser un misionero, sería una tragedia verlo descender para ser un rey”.

En segundo lugar, son bienaventurados porque “están continuamente delante de ti”, dícele la reina a Salomón. Es decir, servían al rey en un círculo muy cercano, muy íntimo. Veían al rey permanentemente, su presencia impregnaba la vida de aquellos hombres. No menos necesaria y bendita ha de ser la presencia del Señor de la mies para quienes hoy le sirven. La comunión íntima de Jehová, el buscar su rostro (Sal. 25:14; 24:5) no tiene sustituto en la vida y servicio de los siervos de aquel que dijo: “... he aquí más que Salomón en este lugar” (Mat. 12:42). Al respecto, no olvidemos que, cuando el Señor llamó a los doce estableció un orden de prioridades: “Después subió al monte a orar, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, (1) para que estuviesen con él, (2) y para enviarlos a predicar, (3) y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios” (Marcos 3:13-15). Ciertamente, hay cosas que por sabidas se callan, y por calladas se olvidan. Por ello, y concerniente a este punto, mal haríamos en no mencionar la verdad largamente trillada de que es necio, por estar *tan* ocupados en la obra del Señor, descuidar el ocuparnos diariamente con el Señor de la obra.

Finalmente, los siervos de Salomón eran bienaventurados porque “oyen tu sabi-

duría”, según las últimas palabras del texto. De la misma manera, el obrero de Cristo iría a tientas y a ciegas en su servicio, si prescindiera de la sabia orientación de la palabra de Dios. La Sagrada Escritura es la hoja de ruta para el camino del servicio consagrado a Dios. El mismo Amado Señor, en su ministerio terrenal, dependió de lo que él oyó en el seno del Padre: “y yo, lo que he oído de Él, esto hablo al mundo” (Juan 8:26). Más aun, la profecía decía de Él: “Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios” (Is. 50:4). El texto hebreo usa la expresión: “... para que oiga como *los enseñados*” y la versión Biblia de Jerusalén usa el término “como los *discípulos*”. Concerniente a este punto, en Jeremías 23 leemos de unos profetas que no habían estado en la intimidad con el Dios de Israel y en lo secreto no habían oído su voz y que “hablan visión de su propio corazón, *no de la boca de Jehová*”. Entonces, Dios recrimina: “pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras” (Jer. 23: 16, 18, 22).

Entonces, los tres eslabones indispensables que forman la cadena de un servicio genuino son: 1) hombres que sirven a un gran Rey, 2) que ven continuamente Su rostro y 3) oyen permanentemente la voz de Su sabiduría. En el pasado fue la experiencia en los días del reinado de Salomón; hoy, en una mayor dimensión, hombres llamados al servicio actúan bajo esos tres escenarios para gloria de Quien les ha tomado como Sus siervos.

El Antídoto contra la Lengua Venenosa

Antídotos Espirituales (6)

Rubén Mendoza



La lengua es un tema difícil de abordar. Hay un proverbio que dice algo parecido a: “De tus palabras no expresadas eres el señor; de tus palabras habladas eres el sirviente y de tus palabras escritas eres el esclavo”. Nos enseña que antes de hablar uno debe pensarlo bien. De las palabras que no han brotado de nuestros labios hay dominio o control, pero una vez que sale de nuestra boca no hay vuelta atrás. Y una vez que lo escribes queda grabado como en tablas de piedra. Es por ello qué tratamos este tema con temor y temblor, y nos unimos a las palabras de Santiago: “Porque todos ofendemos muchas veces” (Stg. 3:2).

En el salmo 140, David está clamando ante Dios pidiendo ser librado de los malos hombres. En el v. 3 dice “Aguzaron su lengua como la serpiente; Veneno de áspid hay debajo de sus labios”. El salmista nos presenta un lenguaje figurado, un lenguaje serpenteante. Las serpientes tienen lenguas bifurcadas o bífidas, no son redondas como la de muchos otros animales. El veneno de las víboras está debajo de sus labios. El áspid o víbora se encuentra entre las serpientes más venenosas. Una vez que muerden, por sus colmillos desciende el veneno inoculado a su víctima, causando en muchos casos la muerte. Así la lengua puede ser empleada para traer daño, muerte y destrucción. Cuanto mal nos hacemos a nosotros mismos, a nuestros hogares y asambleas, con la lengua más que con cual-

quier otro medio. Los estragos del mal uso de la lengua son innumerables: reputaciones destruidas, corazones heridos, familias e iglesias divididas. Probablemente no estamos conscientes de todo el daño que puede causar el mal uso de ella.

A continuación, vamos a mirar los diferentes venenos que brotan de los labios de corazones no regenerados. El Señor dijo “¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mat.12:34). La ventana del alma es la boca, todo lo que hay dentro es reflejado por nuestras palabras. No escapamos de ser tentados a hablar en un momento dado de esta manera. Así aconteció con la mujer de Job, quien hablando neciamente en un momento de dolor y angustia, Job le reprendió diciendo: “Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado” (Job 1:10). Satanás y la carne quieren controlar nuestra lengua, de manera que la empleemos para hablar indebidamente. Al mirar en las escrituras algunos pecados asociados con la lengua, somos animados a usar este precioso don del habla con más cuidado.

Pecados con la lengua

Uso profano del nombre de Dios. “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano” (Ex. 20:7). Usar el nombre de Dios sin discernimiento, mecánicamente, livianamente, es darle un uso profano. El nombre del Señor es santo, como Él es santo; es una representación de Su gloria,

Su majestad y Su deidad suprema. Debemos estimar y honrar Su nombre mientras lo reverenciamos y glorificamos. Hacer algo menos que eso, es tomar Su nombre en vano.

Maldiciones. “Llena está su boca de maldición, y de engaños y fraude; debajo de su lengua hay vejación y maldad” (Sal. 10:7). Maldición probablemente sea juramento falso o la invocación del nombre de Dios y la imprecación de Su ira sobre uno mismo, en testimonio de una falsedad.

Mentir. “Los labios mentirosos son abominación a Jehová; pero los que hacen verdad son su contentamiento” (Pr. 12:22). La palabra conlleva la idea de engaño, algo erróneo, falso, entre otros.

Chisme. “El que anda en chismes descubre el secreto; no te entremetas, pues, con el suelto de lengua” (Pr. 20:19). Consiste en diseminar información desfavorable acerca de alguien, aunque esa información sea verdadera.

Calumniar. “No andarás calumniando en medio de tu pueblo,” (Lev. 19:16). Consiste en declarar algo falso o malinterpretar algo acerca de una persona con el propósito de difamarla o dañar su reputación. Conlleva la idea de difamar, infamar, desacreditar, deshorrar, detractar, entre otros.

Murmurar. “Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor” (1 Cor. 10:10). Implica rezongar, quejarse, criticar, hablar en tono bajo, musitar, hablar con descontento en privado, quejas, críticas hechas con disgusto e indignación.

Lisonjear, adular. “Porque en la boca de ellos no hay sinceridad; sus entrañas son

maldad, sepulcro abierto es su garganta; con su lengua hablan lisonjas” (Sal. 5:9). Adulación, alabanza, halago, elogio, son palabra que describe la lisonja. Es hipocresía alabar a alguien en su presencia y luego en su ausencia hablar mal.

Palabras ociosas. “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mat. 12:36). Denota aquella palabra que es inconsciente, carente de provecho, ociosa e infértil.

En la palabra de Dios tenemos recursos abundantes para ser vencedores frente al mal uso de la lengua. Debemos imitar la senda trazada por nuestro Señor Jesucristo, de quien se dice: “La gracia se derramó en tus labios” (Sal. 45:2); “el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Ped. 2:22); “Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46).

Principios para domar la lengua

En la epístola de Santiago tenemos cuatro principios que nos ayudan a domar la lengua.

1. *La lengua es una señal de nuestra madurez espiritual (Stg. 3:1-2)*

Para domesticar la lengua, debemos reconocer que somos responsables de lo que decimos. El escritor Santiago nos enseña que tanto los maestros como todos los creyentes seremos juzgados por lo que decimos. Todo el que aprende a controlar su lengua es llamado “varón perfecto”. Esto no significa que tal persona no tiene pecado, sino que es una persona madura, señala plenitud de carácter, que es una distinción de madurez espiritual. Si controla su lengua puede controlar su vida.

2. La lengua, aunque muy pequeña, es muy poderosa (Stg. 3:3-5a)

Para domesticar la lengua, debemos reconocer su poder para bien o para mal. El escritor Santiago usa dos analogías aquí para señalar que la lengua es pequeña, pero poderosa: el freno y el timón. El freno es instrumento muy pequeño, pero cuando se le pone en la boca de un caballo, se puede controlar todo el animal. Lo mismo ocurre con los barcos y su timón. Es relativamente pequeño en comparación con el tamaño del barco, pero con su mano en el volante o el timón, el piloto puede conducir el barco. Por ello la necesidad de darle un uso sabio y prudente a la lengua.

3. La lengua tiene el potencial de ser muy destructiva (3:5b-8).

Para domesticar la lengua, debemos reconocer que es una fuente humanamente indomable de terrible maldad. Santiago ilustra este punto con dos ilustraciones gráficas. Primero, en los versículos 5-6, nos dice que la lengua puede ser tan destructiva como una llama que se propaga. ¡Así es con las palabras! Una palabra de chisme, una mentira, una insinuación, una dura crítica y el fuego puede comenzar. Como suele suceder después de un voraz incendio, así quedan corazones, familias y assembleas. ¡El daño puede ser tan severo y extenso! La segunda ilustración que emplea Santiago la encontramos vv.7-8 y señala que la lengua puede ser tan peligrosa como un animal salvaje o como una serpiente con su mortal veneno. Cuando el Espíritu Santo controla nuestras vidas se apreciará el fruto de este, que incluye amor, paciencia, bondad, mansedumbre, dominio propio, que se relacionan con el control de la lengua.

4. La lengua puede ser un gran poder para el bien (3:9-12)

Para domar nuestra lengua debemos reconocer que hay la posibilidad de emplearla poderosamente para el bien. Santiago nos recuerda que está hablando a los cristianos. No debe haber en nuestras vidas inconsistencias: alabar y bendecir a nuestro Señor, y luego hablar mal en contra de otros. Los verdaderos salvados tienen una nueva habilidad y responsabilidad de usar la lengua para bien y no para mal. Debemos ser como fuentes de agua dulce y árboles que dan mucho fruto. La escritura dice “Manantial de vida es la boca del justo;” (Pr. 10: 11). Cuando el corazón está lleno del Señor y Su palabra (Col. 3:16), brotará por nuestros labios las siguientes palabras:

Palabras que Adoran: “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Sal.19:14)

Palabras que Alaban: “Sea llena mi boca de tu alabanza” (Sal.71:8)

Palabras que Aconsejan: “El hombre se alegra con la respuesta de su boca; y la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” (Pr. 15:23).

Palabras que Alimentan: “Los labios del justo apacientan a muchos,” (Pr. 10:21).

Palabras que Alegran: “La congoja en el corazón del hombre lo abate; mas la buena palabra lo alegra.” (Pr. 12:25)

Palabras que Anuncian el Evangelio: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hch. 8:4).

Palabras que Alientan: “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Ts. 4:18).

Palabras que Amonestan: “Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de

noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hch .20:31).

Hacemos nuestro el clamor de David “Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios” (Sal. 141:3).

¿Cuál es la Diferencia? (6)

La Iglesia Pentecostal

Bernardo Chirinos



Con el término de Iglesia Pentecostal nos referimos a un amplio y variado número de congregaciones que tienen como común denominador la creencia en la vigencia de los dones del Espíritu Santo con especial énfasis en el don de lenguas o glosolalia y el don de sanidad como lo experimentó la Iglesia el día de Pentecostés. Se inició en los primeros años del siglo pasado, a partir del cual experimentó un crecimiento asombroso, extendiendo su presencia a una gran cantidad de países.

La mayoría sostiene las doctrinas fundamentales del Evangelio como son la Trinidad de la deidad, la deidad de Jesucristo, la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo como base para la salvación y la fe en Jesucristo para ser salvo. Aunque la mayoría no reúnen las características para ser llamadas sectas, como lo hemos planteado en escritos anteriores, sí entran dentro de lo que llamamos **denominaciones**, distinguiéndose particularmente por el concepto que ellos le dan a la iglesia local. De manera breve, vamos a considerar algunos aspectos a la luz de la Palabra de Dios, nuestra guía infalible.

El Uso de los Dones del Espíritu Santo

Hay varios pasajes claves en el Nuevo Testamento que nos ayudan a entender el tema de los dones espirituales: Romanos 12:6-9; 1 Corintios 12:1-31; 13:8-10; Efesios 4:11. Estudiándolos con detalle nos damos cuenta de varias cosas.

- Primero, su **Distribución**. Era según la soberanía de Dios y no todos los creyentes tenían el mismo don.
- Segundo, su **Demostración**. Su uso tenía como objetivo demostrar que el evangelio es de Dios.
- Tercero, su **Duración**. Es evidente por 1 Corintios 13:8-10 que no todos los dones iban a permanecer y el apóstol menciona “*pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará*”. El testimonio bíblico y secular da evidencia que cuando se completó el ca-

non bíblico y culminó la era apostólica, estos dones cesaron.

Por lo tanto, el énfasis en la permanencia de estos dones no está respaldado por la Palabra de Dios. Como detalle adicional, el don de lenguas consistía en hablar en otro idioma humano, y no en palabras que nadie entiende como lo vemos en estas iglesias.

El Uso de un Pastor

El modelo de que cada iglesia tenga *un pastor*, es ajeno a la enseñanza de los apóstoles. Lo que vemos en el Nuevo Testamento era una pluralidad de ancianos, obispos o pastores en cada iglesia, como lo leemos en Hechos 14:23; 20:17; Tito 1:5.

El Uso de un Nombre

Como todos sabemos, ninguna iglesia en el Nuevo Testamento se hacía llamar con un nombre particular. No se usó en ningún momento el término *Iglesia Pentecostal* para designar a la iglesia en su conjunto y ningún otro nombre para designar una iglesia en particular. Por lo tanto, llamar a una congregación local *Luz del Mundo, Refugio, Monte Horeb, El Buen Pastor, Centro Cristiano, Puerta al Cielo, Sana Doctrina*, etc, es algo que no goza del respaldo de la Palabra de Dios. Debemos tener en cuenta que es un error añadir algo a la doctrina de la Iglesia que Dios no ha enseñado.

El Uso de la Cena del Señor

La Cena del Señor o el partimiento del pan es una de las reuniones que las iglesias practicaban fielmente *cada primer día de la semana* según Hechos 20:7. Lo hacían usando *un pan y una copa*, según 1 Corintios 11:23-26. Sólo participaban de este

culto los hermanos que formaban parte como *miembros de cada congregación*, según Hechos 2:41,42. Lamentablemente esta reunión tan especial ha sido degenerada en el mundo denominacional al practicarse en períodos tan distintos, con el uso de galletas o varios panes y varias copas y con la participación de quienes todavía no están aptos para celebrarla.

El Uso de la Participación Pública

No hay ninguna porción bíblica que respalde la participación pública de la hermana durante las reuniones de la iglesia o a llevar responsabilidad como pastoras en una congregación. Es claro que el Señor no escogió mujeres para ser apóstoles y que todas las predicaciones públicas que encontramos en el Nuevo Testamento fueron hechas por varones creyentes. Esto lo vemos reflejado en las palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios 14:34,37 *“vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice”, y “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor”*. Es una falta de respeto al apóstol y al Señor mismo usar el argumento de que Pablo era *machista*, para negar esta doctrina.

El Uso de las Ofrendas

El uso de *las primicias* y *el diezmo* es una práctica de la que se ha abusado en muchas de estas congregaciones. Aunque puede llevar la connotación de ser algo hermoso y digno del Señor, debemos tener el cuidado de no chocar con la Palabra de Dios. Es muy claro que tanto el diezmo como las primicias formaban parte de la

práctica del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Pero en el Nuevo Testamento, donde encontramos la doctrina para la iglesia, los principios que rigen las ofrendas están muy claramente delineados en pasajes como Mateo 6:2-4 “no hagas tocar trompeta” y “no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha”. También 2 Corintios 8 y 9 de donde extraemos la siguiente frase: “cada uno dé como propuso en su corazón”. De manera que ofrendar debe ser algo secreto, voluntario, repetido y alegre. Aunque muchos diezman y dan primicias de manera sincera, lo mejor es revisar Las Escrituras para hacer las cosas como Dios las enseña y no como las enseña el hombre.

El Uso de Instrumentos Musicales

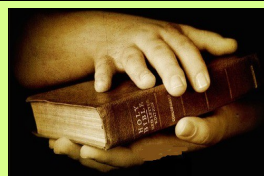
Al igual que con las ofrendas, se puede considerar bonito y atractivo el uso de instrumentos musicales en los cultos. Pero si

queremos ser fieles a Las Escrituras, nos vamos a dar cuenta que en ninguna parte del Nuevo Testamento aparecen iglesias usando arpas, flautas, o cualquier otra clase de instrumentos. La adoración que usamos en la iglesia local es “*en espíritu y en verdad*”, como lo enseñó el Señor en Juan 4:23. El uso de instrumentos formaba parte del culto del pueblo de Israel en el Templo, pero no del pueblo del Señor en la iglesia local. No quiere decir que se niega su uso en el hogar, en nuestras casas, pero en la iglesia lo hacemos “*hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones*”, Efesios 5:19.

Con lo señalado aquí, ya podemos establecer diferencias entre el pentecostalismo y una iglesia local conforme el modelo del Nuevo Testamento.

Preciosas y Grandísimas Promesas

Andrew Turkington



Por medio de Su gloria y excelencia, Dios nos ha dado preciosas y grandísimas promesas (2 Ped. 1:3,4). El hombre promete y muchas veces no cumple, pero “todas las promesas de Dios son en Él Sí, y en Él Amén” (es decir en Cristo, 2 Cor. 1:20). Dios, que no miente, prometió la vida eterna, antes del principio de los siglos (Tit. 1:2).

Sara creyó que era fiel quien lo había prometido, y Abraham estaba plenamente convencido de que era también poderoso

para hacer todo lo que había prometido (Heb. 11:11; Rom. 4:21).

La primera promesa en la Biblia fue la de un Salvador que iba a herir a Satanás en la cabeza (Gn. 3:15), y la última promesa es la de ese Salvador de venir en breve para llevar a Su pueblo al cielo (Ap. 22:20).

Dios hizo promesas a Su pueblo terrenal, la nación de Israel, que no son para nosotros, Su pueblo celestial. Les prome-

tió una tierra, un rey y un reino, y, si eran obedientes a sus leyes, tendrían prosperidad material, salud, y victoria sobre sus enemigos. No podemos apropiarnos de esas promesas que no son para nosotros. Pero las promesas para la iglesia son preciosas y grandísimas y tienen que ver con bendiciones espirituales, que son de mayor valor que las terrenales.

Hay promesas que Dios ya cumplió. “Conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador” (Hch. 13:23); “fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13), etc. Pero hay promesas que esperan su cumplimiento en el futuro, por ejemplo las promesas al vencedor en Apocalipsis cap. 2 y 3.

He aquí algunas de esas preciosas y grandísimas promesas que Dios nos ha dado para animarnos en el tiempo presente:

1. La promesa de Su Provisión.

Dios ya nos ha provisto un Cordero, como lo hizo para Isaac en el monte Moriah. Y, “el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rom. 8:32). Vivimos en tiempos muy difíciles, pero el Señor nos manda a no afanarnos por la comida, la bebida o el vestido, y nos da una promesa: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33). En otras palabras, si ponemos al Señor y Sus intereses de primero en nuestra vida, Él se compromete a suplir lo que realmente

necesitamos en las cosas materiales. Los filipenses eran profundamente pobres, pero habían sacrificado de lo poco que tenían para la obra del Señor. El apóstol les asegura: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

2. La promesa de Su Presencia.

No hay nada más grande y necesario que la presencia del Señor con nosotros, como reconoció Moisés: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (Ex. 33:15). Él ha prometido Su presencia colectivamente: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:20). Si en verdad estamos representándole a Él y haciendo todas las cosas como Él mismo lo haría, según Su Palabra, podemos contar con Su presencia en medio de nosotros en las reuniones de la asamblea. Él también ha prometido Su presencia con nosotros al llevar a cabo la Gran Comisión: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Y personalmente: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (Heb. 13:5); aun en los tiempos más difíciles: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo” (Sal. 23:4).

3. La promesa de Su Paternidad

Aunque ya somos hijos de Dios, por haber nacido de nuevo, solo disfrutaremos la realidad de esa relación si nos separamos de todo yugo desigual con el mundo. “Salid de en medio de ellos, y

apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.” En vista de esta promesa, el apóstol nos anima: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor. 6:17,18).

4. La promesa de Su Paz

La noche antes de ir a la cruz, el Señor aseguró a sus discípulos: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn. 14:27). La paz *con* Dios es nuestra relación de amistad con Él, habiendo sido justificados en base al sacrificio de Cristo –una relación que nunca cambia. Pero la paz *de* Dios es aquella serenidad en el corazón del creyente cuando echa toda su ansiedad sobre Él. “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”; “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Is. 26:3).

5. La promesa de Provecho

No es en vano tener un ejercicio espiritual, leyendo las Escrituras, orando al Señor y procurando llevar una vida de obediencia y servicio a Él, porque el Señor promete que será de verdadero provecho. “Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha,

pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Tim. 4:7,8).

6. La promesa de Preservación

En un mundo donde hay tantos peligros espirituales y tropiezos para el creyente, ¡qué alentador encontrar esta promesa: “haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 Ped. 1:10)! El Señor asegura esta preservación espiritual para el creyente que “poniendo toda diligencia por esto mismo,” añade a su “fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (v. 5-7). Esta preservación es posible por medio de “Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Jud. 24).

7. La promesa de Su Pronta venida

No hay una promesa más alentadora que ésta: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:3). Antes de terminar el volumen de la revelación completa de Dios para nosotros, el Señor repite tres veces esta promesa: “¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro... He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra... El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve” (Ap. 22:7,12,20).

Todas las promesas del Señor Jesús son apoyo poderoso de mi fe; mientras viva aquí cercado de su luz, siempre en sus promesas confiaré.

La raza, el racismo y la realidad

A J Higgins / Trad. D R Alves
Truth & Tidings, Worldview

En 2012 un periódico británico publicó una noticia acerca de mujeres de la tribu jarawa de las islas Andamán y Nicobar de la India, que fueron obligadas a bailar semidesnudas ante turistas a cambio de comida. Aparentemente un policia de la vecindad fue sobornado para que llevara turistas adonde estaba la tribu, y las nativas fueron persuadidas a bailar para recibir comida y otras gratificaciones. Con toda razón, el público protestó airadamente. Se estaban tratando a seres humanos como si fueran especímenes en el zoológico. Ante este incidente estalló una indignación justificada ante la degradación de otros seres humanos. Todos sentimos que hay una dignidad inherente en cada ser humano.

Con todo, el prejuicio racial es prácticamente universal. No es apenas una cuestión del color de la piel; en muchos países existe el prejuicio racial basado en diferencias en el origen étnico de otro grupo que es considerado racialmente inferior. Los judíos veían a los gentiles como a una raza inferior. Los samaritanos eran considerados tan inferiores que los judíos no tenían trato con ellos, Juan 4. Los filisteos odiaban a los judíos, y los romanos los odiaban también.

Sin embargo, se debe confesar que en el mundo occidental el racismo se debe mayormente a la pigmentación de la piel de una persona. En Europa el prejuicio y la intolerancia se relacionan más con el trasfondo étnico de los diversos grupos. En otras

tierras la cultura dominante ve a los grupos nativos y los indígenas como menos “avanzados” e inferiores. Hablando quizás en términos generalizados, es muy probable que cada cultura considere a alguna otra cultura inferior o menos deseable. Si pensamos que no tenemos prejuicios raciales, es probable que nos estemos engañando.

Aquellos que conocen la historia de la esclavitud y la Guerra Civil en los Estados Unidos están dolorosamente conscientes de cómo cada lado en el conflicto usaba la Escritura para justificar su respectiva posición moral. La Palabra de Dios fue objeto de escarnio y, sin duda, el corazón de Dios se entristeció.

Algunos que nacieron y se criaron en los cascos urbanos de los Estados Unidos donde la violencia siempre era una realidad, tienen una lucha constante por superar el racismo y los prejuicios. Aquellos que han sido víctimas de prejuicios e injusticias por parte de otra raza tienen razón para sospechar de quienes los oprimían y tienden a mantenerse apartados de ellos. De esta manera se crean sospecha y falta de confianza entre las razas y también, por demás lamentable, una impotente espiral de distanciamiento. Nuestro legado nos ha traído una situación muy trágica.

Su base errónea

Los prejuicios son difíciles de olvidar. La gente no quiere saber de hechos que

contradigan sus opiniones. ¿Cuán diferentes, entonces, son las razas? El supuesto de la superioridad genética de una raza sobre otra ha alimentado los argumentos de aquellos que hablan de la supremacía blanca o la superioridad de cualquier raza sobre otra. En realidad, hay muy poca diferencia genética entre las razas. “Un estudio reciente de material genético humano de diferentes razas concluyó que el ADN de dos pueblos cualesquiera en el mundo diferiría en apenas 0.2%. De esta variación, solamente el 6% puede ser atribuido a categorías raciales. El 94% restante se debe a variaciones dentro de la misma raza”.

La humanidad se compone de una raza, tanto científica como bíblicamente. A pesar de las diferentes etnias, geografías y culturas en nuestro mundo, todos los seres humanos son casi idénticos genéticamente. “Las diferencias genéticas que reflejan una variación en el aspecto físico en toda la humanidad se deben al 0.01% de nuestros genes”. Los seres humanos están hechos a imagen de Dios, Génesis 1.26,27. En la creación Dios hizo una “raza” de humanidad, y así predicó Pablo en el Areópago al decir, “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres”, Hechos 17.26.

La creencia errónea

Uno de los argumentos supuestamente basados en la Escritura para la distinción racial y la inferioridad de los africanos ha sido históricamente la llamada “maldición de Cam”. Él era uno de los tres hijos de Noé (junto con Sem y Jafet). Debido a su pecado, Cam trajo una maldición sobre Canaán su hijo. La maldición no era sobre Cam. Los defensores de la esclavitud en generaciones pasadas enseñaban este concepto y se aferraban tenazmente a él para

justificar la discriminación racial y la esclavitud.

No hay nada en la Escritura para apoyar semejante concepto. La maldición sobre Canaán no fue el origen de la raza negra. De hecho, Cam tenía cuatro hijos -- Cus, Mizraim, Fut y Canaán -- y solamente uno fue maldito. Así que, buscar refugio en la maldición de Cam no tiene base para este alegato.

Ciertamente, los descendientes de Canaán estaban entre los más impíos de la tierra de Canaán. El juicio de Dios cayó sobre ellos cuando Israel entró en la tierra y destruyó las naciones que practicaban todas las abominaciones que Dios detestaba, Josué 9.23; 1 Reyes 9.20,21.

En lugar de apoyar la discriminación, la Escritura enseña que los prejuicios basados en raza, clase socioeconómica u origen étnico son pecaminosos e incompatibles con el carácter de Dios, Santiago 2.9 a 13. Somos creados a imagen de Dios, Génesis 1.27, y tenemos valor y dignidad. Él no muestra parcialidad ni favoritismo, ni tampoco deberíamos hacerlo nosotros, Deuteronomio 10.17, Hechos 10.34, Romanos 2.11, Efesios 6.9.

El racismo ganó un aliado inesperado en el siglo 19 en la persona de Charles Darwin. En su obra *El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, dio una base pseudocientífica para la discriminación. Su teoría de la supervivencia del más apto insinuaba que un animal dominante entre los animales era el más apto. Extrapolado a la sociedad, esto quería decir que la cultura dominante debe ser superior. Es muy pro-

bable que Darwin no intentara, en este libro en particular, aplicar a seres humanos este concepto de razas favorecidas. Otros llevaron el concepto mucho más allá de lo que Darwin quería decir.

Somos propensos a prejuicios raciales, étnicos y culturales por varias razones, ninguna de las cuales resiste la prueba de la Escritura. Los sentimientos de orgullo que nos hacen vernos como diferentes de otros pueden impulsarnos a despreciar a otros grupos al considerar que no están a la altura de nosotros. Esta autocomplacencia puede ser el resultado de nacionalismo o alguna ventaja socioeconómica. Dios se opone al orgullo, Santiago 4.6.

Extraña y casi paradójicamente, el racismo y los prejuicios pueden ser una consecuencia de sentimientos de inferioridad. Para sentirme importante, debo hacer que otros sean insignificantes. El pecado es tan sutil y está tan generalizado en nuestro modo de ser que tanto el orgullo como la inseguridad pueden alimentar los prejuicios y la intolerancia.

A menudo el temor genera prejuicios. Este temor puede estar relacionado con la competitividad en el mercado laboral, con la erosión de la atesorada cultura propia, o con cuestiones en la escena mundial. Puede que el temor se deba a un mayor índice de delincuencia entre gente de escasos recursos económicos, o quizás esté relacionado con experiencias personales de lesiones corporales u opresión. Tememos lo que no entendemos. Cuando algo es extraño y ajeno, nuestra reacción natural es una de miedo y desconfianza. Las diferencias raciales y culturales pueden parecer hasta peligrosas. Si no hacemos el esfuerzo por entender a quienes son diferentes de nosotros, pode-

mos desarrollar enseguida prejuicios en contra de ellos. A menudo, detrás del miedo está la ignorancia.

La conducta errónea

El prejuicio racial tiene dentro de sí el poder para perpetuar su propio modo de pensar. Como resultado del prejuicio y la discriminación, no siempre se brindan oportunidades de educación y empleo a aquellos que son víctimas de estas actitudes. Esto sirve para mantenerlos en la categoría socioeconómica baja, viviendo en los cascos urbanos, con una alta tasa de desempleo y todo lo que estas circunstancias conllevan. La frustración de intentar “ganarle al sistema” genera una sensación de futilidad y desespero. A su vez, aquellos que ejercen el poder que crea estas circunstancias observan y se sienten justificados en su prejuicio debido a la falta de motivación y ambición en aquellos a quienes oprimen. No hay un gen racial que predisponga a la delincuencia y la violencia; son la pobreza y la futilidad las que las fomentan.

Citamos ya por alusión el pasaje en Santiago, el 2.1, que enseña que discriminar a alguna persona con base en factores sociales, económicos o raciales es deshonar al glorioso Señor Jesucristo. En la luz de la gloria suya, desaparecen toda distinción humana y “grandeza”. El Señor ve como pecado el que un creyente tenga una actitud de superioridad ante otra cultura, que sienta intolerancia o abrigue prejuicios hacia un grupo étnico o racial, o que hable despectivamente de ellos.

Somos criaturas de nuestra cultura. La mayoría de nosotros estamos contaminados con el virus de la intolerancia. Es otro de los pecados que debemos juzgar en la presencia de Dios y buscar gracia para vencer-

lo. La entrada de culturas extranjeras en América del Norte ha expuesto a los creyentes a formas de vida nuevas y diferentes. Han experimentado “dolores de crecimiento” algunas asambleas donde se ha visto bendición en el evangelio entre estos nuevos grupos étnicos y raciales. Se han hecho ajustes, mitigado sospechas y aceptado diferencias que no violan la Escritura. Es vital captar este último punto: ninguna cultura es “espiritual”.

Lo erróneo equilibrado

Sí existen diferencias entre razas y entre culturas. Estas diferencias se deben a la larga historia de la civilización; no son el resultado de mentes más depravadas en un grupo en comparación con otro. Una cultura es la suma de la historia de un pueblo, su entorno, sus luchas y sus valores. Ninguna cultura cuenta con una posición ventajosa con respecto a la espiritualidad. Cuando una cultura choca contra la Escritura, debe ser modificada. Cuando una cultura no contradice la Escritura o los principios escriturales, se puede quedar como está.

Dios no favorece una cultura sobre otra. Cuando trazamos la mano de Dios en la historia, parece evidente que Él se mueve entre diferentes pueblos en distintos momentos. A lo largo de siglos recientes, el mundo occidental ha disfrutado de este privilegio. Obviamente, eso está cambiando.

Las muchas Escrituras que hablan del amor de Dios por el mundo, de la venida de Cristo para ser el Salvador del mundo y de la obra del Espíritu en el mundo, deben hacernos recordar que Dios no está favoreciendo a un grupo en particular con el mensaje del evangelio. Él ama a todos los grupos étnicos. Él ama sin discriminación; Cristo vino a todo pueblo, grupo y raza. Le

costó a la Deidad salvar a un chino, africano o español lo mismo que le costó salvar a un anglosajón blanco.

Gálatas 3.28 declara que en Cristo posicionalmente “no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. A aquellos que discriminan Santiago los describe como “jueces con malos pensamientos”, 2.4. Debemos amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos, 2.8. El Señor Jesucristo puso fin al racismo que existía entre judío y gentil, derribando la pared intermedia de enemistad, Efesios 2.14. Por esto, el racismo, el prejuicio y la discriminación son contradicciones a la cruz de Cristo. Dios es imparcial y ama sin distinción. ¿Cómo podemos actuar con fines opuestos, degradando el valor de aquellos a quienes Él ama?

Vinculado con quizás la más suprema Cristología en nuestra Biblia, Filipenses 2, está el mandato práctico y personal de estimar a los demás como superiores a uno mismo. “No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener”, Romanos 12.3. Esta actitud al estilo de Cristo es la antítesis del prejuicio y la discriminación. Romanos 12.10 nos ordena a “superar” a otros en honra. Reconocemos que esto se refiere a creyentes dentro de la familia de Dios. Pero ciertamente, si nosotros como creyentes descubrimos el racismo en nuestros corazones, demos juzgarlo, arrepentimos de él y buscar gracia para superarlo.

En Colosenses 3.11, refiriéndose a personas en el Cuerpo de Cristo, Pablo escribió: “No hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos”. En este pasaje, el Espíritu de Dios

quitó cuatro barreras: las distinciones nacionales (griego o judío), las distinciones religiosas (circuncisión o incircuncisión), las distinciones culturales (bárbaro o escita) y las distinciones económicas (esclavo o libre).

El Señor Jesús rompió las barreras del racismo y los prejuicios cuando sanó a los gentiles, cuidó a las viudas y trajo la salva-

ción a una despreciada mujer samaritana junto al pozo. El Espíritu de Dios salvó a un etíope en Hechos 8 y a un romano en Hechos 10, intercalando entre estos eventos la salvación de un judío en Hechos 9. La Deidad desconoce la parcialidad racial. Al vivir en comunión con personas divinas, tenemos que, por la gracia de Dios, arrancar el mal del racismo de nuestros corazones.

Nuevo enfoque -Yo vi

A.J. Higgins



Vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1). “No vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella” (21:22). Aquí están dos relatos más del testimonio ocular de lo que Juan llama “Yo vi”, cuando él fue arrebatado al cielo e introducido al futuro.

Los últimos tres capítulos del libro de Apocalipsis nos muestran algo de cómo serán el cielo nuevo y la tierra nueva. Hay varias cosas “nuevas” y varios “no”, cosas que no existirán más.

Reflexionemos primero sobre lo que estará ausente. No habrá más mar, nada que divida y separe. La vida humana depende del ciclo hidrológico: la evaporación, condensación y precipitación. Pero en aquel día la vida será sustentada por el poder divino y no hará falta el mar.

No habrá más muerte. ¿Puede imaginarse un mundo sin mortalidad? ¿Una vida que sea realmente vida? Ningún espectro de la muerte que se cierna sobre

usted, ningún cortejo fúnebre que jamás se abra camino a algún cementerio desolado, frío y lluvioso. Y, junto con la ausencia de la muerte, no habrá más tristeza, llanto ni dolor. Todas estas cosas relacionadas con nuestra vida anterior, con nuestros cuerpos que han sido humillados por el pecado, no existirán nunca más. Tendremos cuerpos resucitados en poder y gloria, no meramente por poder y gloria.

Entonces habrá cambios en el cosmos también. No hay sol, ni luna, ni noche. ¿Esto sugiere un día eterno? Nuestros cuerpos no se cansarán ni van a requerir sueño. No habrá más “terror nocturno” (Salmo 91:5). Las tinieblas serán disipadas, relegadas a la antigua creación. Todo será luz. El sol que calienta no será necesario ahora porque andaremos en la luz y el calor provistos por el Cordero (Apocalipsis 21:23). Las puertas y ventanas cerradas y con rejas, comunes en la tierra, serán cambiadas por unas puertas que nunca serán cerradas. Habrá acceso con-

tinuo a la ciudad. En aquel día no habrá nada de cuarentena ni órdenes de “quédate en casa”.

No habrá más maldición (22:3). Todos los efectos directos e indirectos del pecado habrán desaparecido para siempre. Toda la injusticia terrenal, los triunfos de los impíos y la opresión de los pobres, la persecución de los santos y la arrogancia de los enaltecidos. ¡No habrá más enfermedad ni pandemias de covid-19 que lleven al mundo al borde del caos!

¡Y no tendremos que luchar más contra la carne día tras día! ¡Qué cambio! Todos los sistemas de valores tradicionales habrán sido olvidados. Solo quedará lo que Dios valora.

Pero quizás lo mejor de todo sea que no habrá distancia física entre nosotros y el Señor Jesús. “Sus siervos le servirán, y verán su rostro” (22:3,4). Servir sin distracción, libres de todos los motivos impuros contra los cuales batallamos, la devoción a medias, la conciencia de uno mismo que nos asedia, es un servicio que debemos anhelar.

¿Pero qué de lo “nuevo”? En vez de enumerar todas las cosas nuevas que caracterizarán aquel día, como Juan las vio, simplemente escuche ahora al Rey cuando asume su trono y pronuncia su gran discurso inaugural a un mundo asombrado que adora. “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”. “Todas las cosas”, no solamente algunas. Lo que hará que este discurso sea único es que hay un Administrador competente, capaz de cumplir cada detalle de su programa. Su agenda será totalmente “nueva”. Él comenzará con cielos nuevos y una tierra nueva. Ha-

brá un cántico nuevo que llenará las calles de aquella Nueva Ciudad. Tendremos cuerpos nuevos, aptos para una esfera celestial y un servicio sin fin. Tendremos cuerpos vibrando con vida como nunca la conocimos aquí en la tierra.

Tendremos un nombre nuevo (2:17), ¡una expresión de su apreciación por nosotros! Viviremos disfrutándola por toda la eternidad. Todo va a ser nuevo. Y, como lo describió tan elocuentemente C. S. Lewis, a medida que subamos y nos adentremos más, descubriremos continuamente más cosas “nuevas” y nos deleitaremos en la gracia que nos llevó allá.

A medida que se prolonga la pandemia, con su correspondiente cuarentena, distanciamiento y cubreboca, anhelamos un cambio. Queremos disfrutar nuestra “libertad” de nuevo y que se levanten las restricciones. El día en que esto ocurra, y que podamos pasear, estrecharnos la mano, abrazarnos y saludarnos, será un día grande. Pasar de las restricciones a las libertades es un pensamiento emocionante. ¡Pero esto palidece ante la expectativa del cambio más grande, cuando no habrá nada de todo lo que ha sido consecuencia del pecado, el covid-19 incluido, y todo será nuevo!

Robert Louis Stevenson dijo: “Es mejor viajar con expectación que llegar”. En otras palabras, la expectación durante el viaje es mejor que el destino en sí. Todos hemos experimentado esto al hacer planes y tomar vacaciones aquí en la tierra. Pero no será así cuando lleguemos al cielo. ¡La expectación palidecerá ante la majestad y el asombro de la llegada!

Lo que preguntan

Gelson Villegas



Según Dt. 13:4,5 había una variedad de animales limpios. ¿Por qué Dios pedía para el sacrificio solamente el buey, la oveja y la cabra?

Citamos la porción referida: “Éstos son los animales que podréis comer: el buey, la oveja, la cabra, el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice, el antílope y el carnero montés.” Uno podría despachar esta pregunta de un solo plumazo, diciendo que Dios lo ordenó así, y Él es soberano en lo que pide que le ofrezcamos; Él no se equivoca en lo que prescribe. Pero ante la pregunta de por qué Dios no pidió para el sacrificio animales silvestres, aunque fueran limpios, sino animales domésticos o domesticados, nos atrevemos con reverencia dar unas sugerencias:

1. Los animales domésticos están sujetos al hombre, habiendo perdido el carácter independiente de los animales salvajes. De manera que la víctima a ser ofrecida debía tener la misma característica del que lo ofrecía: una persona sujeta a la voluntad de Dios, que dobla su cerviz ante la autoridad divina.
2. Ofrecer un animal doméstico implicaba un sacrificio mayor, por la inversión hecha en criarlo, apacientarlo y protegerlo. Era menos costoso salir a cazar un venado. Pero llevar al altar una oveja o un buey que había sido criado con mucho esfuerzo durante meses y años, era un verdadero sacrificio, algo que representaba un alto valor para Dios.

3. Un animal doméstico también representaba un costo sentimental, por causa del afecto que se desarrolla hacia el animal en su crianza. Cuánto cuesta llevar al altar un animalito que uno ha visto nacer y crecer, lo ha alimentado y lo ha curado. De modo que ofrecer un animal doméstico implicaba un sacrificio de mayor valor que un animal silvestre. El Dios que nos dio a Su Hijo es digno de recibir lo que realmente nos cuesta.

Los hijos de padres creyentes, por el único hecho de serlos, ¿tienen una promesa de que al fin van a ser salvos porque son “hijos de la promesa”, según Gálatas 4:18?

Gálatas 4:18 es la conclusión de un tema que forma el contexto de este versículo. El apóstol Pablo habla de dos hijos de Abraham: Ismael e Isaac. Nos dice que Ismael es hijo de la esclava, Agar, y que Isaac es hijo de la libre, Sara. Ismael nació según la carne, pero Isaac nació por la promesa. Agar representa el pacto hecho en el monte Sinaí, que da hijos para esclavitud. De esto inferimos que Sara representa la libertad que viene por la gracia, y da hijos para la libertad. Entonces el apóstol dice en v. 28: “Así que hermanos, nosotros”. ¿Quiénes son “nosotros”? En el contexto, “nosotros” no se refiere a los hijos de padres cristianos. Tampoco se refiere a los que pretenden ser salvos por las

obras de la ley. No. “Nosotros” somos los que hemos nacido según el Espíritu, y somos salvos por gracia. Como Isaac, somos hijos de la promesa, es decir fruto de esa promesa que Dios hizo a Abraham de salvación por gracia, que excluye la ley.

Aunque esta explicación hecha según el contexto se ha dado a ciertas personas, ellas insisten en buscar otros versículos para apoyar su idea. Dicen que Hch. 16:31: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa” es una promesa de salvación para la familia del carcelero. Pero lo que tenemos en este versículo es un principio en cuanto a la salvación. La salvación se recibe por creer en el Señor Jesucristo, tanto para el carcelero como para su casa o familia. Cree en el Señor Jesucristo y tú serás salvo, e igualmente tu casa será salva si creen en el Señor Jesucristo. No es una promesa automática de salvación para la familia del carcelero o de cualquier otro. Notamos en el pasaje que esto fue lo que realmente sucedió: “se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios”.

Pero también, ¿qué dice la realidad? Si esta es una promesa como dicen algunos, y las promesas de Dios no pueden ser revocadas, ¿son salvos todos los hijos de padres creyentes? La realidad es que no es así. Algunos padres creyentes no tienen el gozo de ver a ninguno de sus hijos salvados, y aun tienen la tristeza de verlos morir sin dejar ninguna evidencia de salvación. No es que ha fallado la promesa de Dios. Fallan aquellos que malinterpretan las Sagradas Escrituras.

Pompeya: Festivales y Fuego

(viene de la última página)

fuego que consume mis huesos” (Lam. 1:12,13). Él es “quien nos libra de la ira venidera” (1 Tes. 1:10). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36).

Según se ha podido constatar, muchos abandonaron la ciudad a tiempo, escapando así de una muerte segura. Pero otros siguieron entretenidos en lo que estaban haciendo, y cuando intentaron escapar, ya era demasiado tarde. Se ha descubierto recientemente un restaurante con comida servida, restos de pan que estaba horneando, y aun los huesos de un hombre que estaba acostado en una cama. “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb. 2:3). “Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Is. 55:6).

Apreciado lector, le rogamos que haga caso de las solemnes advertencias que Dios hace en Su Palabra. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Heb. 9:27). No es necesario estar viviendo en las cercanías de un volcán peligroso para ser alcanzado por la muerte. Actualmente muchos pasan a la eternidad por causa de un virus tan diminuto que requiere un poderoso microscopio electrónico para visualizarlo. La Biblia dice: “Prepárate para venir al encuentro de tu Dios” (Am. 4:12). Andrew Turkington

Pompeya: Festivales y Fuego



El 24 de agosto del año 79 d.C. fue un día de mucho movimiento en la ciudad de Pompeya, Italia. Los festivales en honor al emperador habían atraído a muchas personas. Las calles estaban llenas de celebraciones públicas, músicos, adivinos, obras de teatro y eventos atléticos, en fin, todo lo que el mundo podía ofrecer de “los deleites temporales del pecado”. A plena vista de la ciudad, a solo 9 km. de distancia estaba el peligroso volcán Vesubio. Había permanecido inactivo por muchos años, pero ahora estaba echando humo, y causando unos pequeños temblores de tierra. Pero como estaban celebrando también la fiesta del dios Vulcano, el dios del fuego y los volcanes, estas señales fueron interpretadas como buenos augurios del dios y su felicidad para celebrar su día.

Cerca del mediodía, el Vesubio entró violentamente en erupción, lanzando una columna a gran altura, de la que comenzó a caer toneladas de ceniza y piedra pómez. Esto fue seguido por nubes de gases volcá-

nicos super calientes que bajando por las laderas arrasaban con todo. Pompeya, de unos 15 mil habitantes quedó enterrada bajo casi 3 metros de ceniza volcánica. Excavaciones arqueológicas muestran formas humanas con expresiones de terror congeladas en su rostro, al ser alcanzados por la devastadora ola de intenso calor.

El escalofriante desastre que aconteció a Pompeya palidece frente a lo que va a sufrir este pobre mundo durante la Gran Tribulación. Dios ya ha revelado en Su palabra cómo Sus terribles juicios van a ser derramados sobre los incrédulos, después que los verdaderos creyentes han sido llevados al cielo. “¿Quién permanecerá delante de Su ira? ¿y quién quedará en pie en el ardor de Su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por Él se hienden las peñas” (Nah. 1:6). Dios en Su gracia nos advierte de antemano que “los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Ped. 3:7). ¡No es juego! Hay “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Heb. 10:27).

La buena noticia es que ese mismo Dios que “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia” (Hch. 17:31), no envió a Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn. 3:17). “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tit. 2:11). El Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, soportó en la cruz la ira de Dios que nosotros merecíamos por causa de nuestros pecados. “¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor. Desde lo alto envié